

quiero volver a esperar
que vuelva a ser esperanza.

Volver no es volver atrás:
Yo no vuelvo atrás de nada.

En París había residido en la ciudad universitaria como huésped de la Casa de México, escribió sobre todo poesía y asistió a algunas tertulias, la de Bacarisse, Ramón Gaya, Picasso, Gurméndez y Fina Gómez, y las de Malraux, Claude Aveline o Pierre Emmanuel, quien le puso en contacto con intelectuales católicos progresistas de la ciudad, como el sacerdote Pezeril, que llegaría a ser obispo auxiliar de París, y que se convirtió en uno de sus grandes amigos.

Pero desde que llegó a París, Bergamín dedica gran parte de su energía a gestionar la obtención de su pasaporte. El cónsul español, el poeta Antonio Gamoneda, le aconsejó que escribiera algunas cartas pidiendo avales para tratar de conseguirlo. Escribió a José María Pemán, que le contestó afirmativamente, a Antonio Garrigues y Díaz Cañabate, con quien había mantenido una estrecha relación desde la época de la revista *Cruz y Raya*, en la que Garrigues colaboró, quien también le contestó afirmativamente, y a Juan Ignacio Luca de Tena, que se excusó a través de su secretario alegando que estaba fuera de Madrid. Ante la negativa de Luca de Tena, Bergamín decide pedir ayuda al periodista Salvador López de la Torre, que fue la persona clave para que finalmente la gestión pudiera dar resultados positivos. Salvador López de la Torre, hombre cercano al régimen, pero de ideas liberales, era amigo y ayudante de general Alonso Vega, ministro de Gobernación, a quien el mismo López de la Torre escribió una carta diciéndole que sería de interés para el régimen una cierta apertura propiciando el regreso de los exiliados que no estuvieran acusados de delitos de sangre y exponiéndole el caso concreto de José Bergamín. Al general le pareció razonable lo expuesto en la carta, planteó la cuestión en el consejo de ministros y finalmente Franco autorizó el regreso.

Eduardo Haro Tecglen, que fue testigo de la vuelta, relató esos momentos de inquietud y de emoción contenida en un artículo publicado en el diario *El País*:

«Le esperé casi al pie del avión. El carné de periodista me abrió algunas barreras; el grupito de amigos –no muchos– se quedó al otro lado de los cristales, con las sonrisas de bienvenida borrosas por los reflejos y por una cierta inquietud. (...) Al otro lado, en París, le había llevado hasta el avión, gracias a otro documento –cuerpo diplomático– Alonso Gamo, poeta y cónsul que había trabajado largamente para conseguir su regreso. De sus manos a las mías, que le pasaron al grupito detrás de los cristales donde ya estaban las palmadas en la espalda a la española, los abrazos, los besos, las frases preparadas. Había salvado en un rato –entonces, con las hélices, tres horas– los años y años de distancia. El funcionario de la policía le había retenido el pasaporte. “Pase a recogerlo mañana a la Dirección de Seguridad”, le dijo».

Tercera secuencia. *30 de noviembre de 1963*. José Bergamín sale rumbo a Montevideo con un salvoconducto con destino único y válido solamente para un viaje después de pasar varios días refugiado en la Embajada de Uruguay en Madrid. Ése fue, según declaró años más tarde, el día más triste de su vida.

Desde que había conseguido regresar a España en 1958, José Bergamín se instaló en Madrid y escribió artículos de opinión, sobre todo para el diario venezolano *El Nacional*, y viajó por diferentes lugares de España disfrutando de poder recuperar sus paisajes y sus costumbres con la convicción de que era un país que podía superarse a sí mismo, que podía luchar por volver a ser él mismo después de los destrozos de la guerra civil. Es el regreso de quien recupera con autoridad algo de lo que había formado parte.

En enero de 1961 imparte una conferencia en el Círculo de Bellas Artes de Madrid sobre el arte del toreo, presidida por los matadores Antonio Bienvenida, Domingo Ortega y Domingo Dominguín, en el que comparó el ruedo con España: «destino tenebroso –dijo– que, como un toro, parece apoderarse del suelo español». La conferencia, provocó un agresivo artículo de Juan Ignacio Luca de Tena en *Abc* donde le acusaba de haber estado viviendo a expensas del Partido Comunista, de haber sido una de las personas con más influencia en lo que llama «el Madrid rojo» y de no haber socorrido a los perseguidos políticos que le imploraron protección y ayuda. Tras las acusaciones de Juan Ignacio Luca de Tena, Bergamín fue citado en la Dirección General de

Seguridad, donde se entrevistó brevemente con Carlos Arias Navarro, entonces Director General de Seguridad. Gonzalo Penalva reconstruye en su biografía de Bergamín el encuentro entre Arias Navarro. Según Penalva, Arias le dijo a Bergamín «ha venido a España a destilar todo el odio recogido en el exilio», éste se levantó y Arias le replicó «Siéntese, aún no he terminado», a lo que Bergamín contestó «Pues yo sí. Si me quiere detener, hágalo. De lo contrario, me voy a mi casa». Cuando Bergamín estaba abriendo la puerta, Arias le gritó «Y ahora, contésteme en *El Nacional*». «Así lo haré» — respondió Bergamín». Y, en efecto, unos días más tarde publicó en *El Nacional* un artículo dedicado a Arias titulado «El botarate».

Al artículo de Luca de Tena, Bergamín, por su parte, que no había dejado ni por un momento de creer en el debate de ideas, respondió con otro en *Abc*, donde se publicó también la contraréplica de Luca de Tena. Pero días más tarde, durante una estancia de Bergamín en París, la policía se presentó en su casa madrileña con una orden de detención. Aconsejado por Antonio Garrigues, Bergamín solicitó entonces audiencia al general Alonso de Vega. El propio Bergamín recordaría la entrevista con el general varios años después en un artículo publicado de *Historia 16*:

«Usted es escritor como yo militar y los dos somos y no somos políticos», me decía para insistirme en que yo comprendiese su deber de no tolerar en mis escritos (los de fuera de España, porque entonces en ella yo no podía publicarlos) cualquier cosa que el gobierno creyese que atacaba su autoridad. “Hay quien dice que somos un gobierno cristiano, pero yo digo que no tanto que pongamos la otra mejilla cuando se nos ha herido en una”, me decía. Y añadió: “Se lo digo como muy amistosa advertencia, pues a nuestra edad debemos cuidarnos de que nos funcionen bien los frenos”. Y añadía: «Entre los militares no tiene usted enemigos (creo que aludía al Generalísimo), ni creo que los tenga en otros lados; sí creo que debe usted guardarse de los sucesores de aquellos puritanos de la CEDA, que conoce usted mejor que yo, y de la policía».

Después de esta conversación, Bergamín continuó escribiendo sus artículos críticos sobre la situación española, y en verano de

1963 el general Alonso Vega le llamó a su despacho para decirle que de perseverar en sus críticas al régimen, no podría seguir contando con su apoyo.

Otro artículo publicado por Bergamín en *El Nacional* venezolano, titulado «Los traficantes de la Hispanidad» provocó una polémica con Torcuato Luca de Tena, sobre el concepto y el uso de lo hispano, pero fue una carta que el 2 de octubre firman 102 intelectuales españoles, encabezados por Bergamín, dirigida a Manuel Fraga Iribarne, entonces Ministro de Información y Turismo, para pedir explicaciones por el comportamiento de la policía en la huelga de Asturias de aquel año, lo que desató una avalancha de artículos en la prensa escrita contra Bergamín, amenazas de muerte y, finalmente, una citación judicial. El 15 de noviembre por el cariz que habían tomado los acontecimientos, Bergamín decide refugiarse en la Embajada de Uruguay. Durante sus días en la Embajada, la campaña contra él continúa, pero las presiones internacionales, entre ellas la del presidente norteamericano J. F. Kennedy, la de André Malraux, entonces Ministro de Cultura del gobierno francés, y la de monseñor Benelli, nuncio del Vaticano en España, consiguen que el 29 de noviembre Bergamín sea autorizado a abandonar el país. Eso sí, con un plazo de 24 horas para hacerlo.

Cuarta secuencia. *24 de abril de 1970*. José Bergamín regresa a España después de dos meses en Montevideo y seis años en Francia. En Montevideo es recibido por una multitud con banderas republicanas, pero su idea es permanecer en aquella ciudad sólo el tiempo necesario para ponerse en contacto con Malraux y para que el presidente de Uruguay le proporcionase un nuevo documento para viajar a Francia.

El 28 de enero de 1964 había salido de Montevideo con destino a París. Podía entrar en Francia pero no podía salir de ella. Durante estos años sólo publica un libro, *Beltenebros* (Puerto Rico, 1965) y unos veinte artículos. En 1966 se le concedió el ingreso en la Legión de Honor Francesa en su grado de Comendador de las Artes y las Letras y en mayo de 1968 vivió de cerca la revolución de los estudiantes de la que escribiría años más tarde, en 1976, en *Historia 16*: